

El sí de las Ninfas



ACTO I

ESCENA PRIMERA DON DIEGO, SIMÓN

(Sale don Diego de su cuarto, Simón, que está sentado en una silla, se levanta).

D. DIEGO .- ¡No han venido todavía?

SIMÓN.- No, señor.

D. DIEGO.- Despacio la han tomado por cierto.

SIMÓN.- Como su tía la quiere tanto, según parece, y no la ha visto desde que la llevaron a Guadalajara...

D. DIEGO.- Sí. Yo no digo que no la viese; pero con media hora de visita y cuatro lágrimas estaba concluido.

SIMÓN.- Ello también ha sido extraña determinación la de estarse usted dos días enteros sin salir de la posada. Cansa el leer, cansa el dormir... Y sobre todo, cansa la mugre del cuarto, las sillas desvencijadas, las estampas del hijo pródigo, el ruido de campanillas y cascabeles, y la conversación ronca de carromateros y patanes, que no permiten un instante de quietud.

D. DIEGO.- Ha sido conveniente el hacerlo así. Aquí me conocen todos, y no he querido que nadie me vea.

SIMÓN.- Yo no alcanzo la causa de tanto retiro. Pues, ¿hay más en esto que haber acompañado usted a doña lrene hasta Guadalajara, para sacar del conventos a la niña y volvernos con ellas a Madrid?

D. DIEGO.- Sí, hombre; algo más hay de lo que has visto.

SIMÓN.- Adelante.

D. DIEGO.- Algo, algo... Ello tú al cabo lo has de saber, y no puede tardarse mucho... Mira, Simón, por Dios te encargo que no lo digas... Tú eres hombre de bien, y me has servido muchos años con fidelidad... Ya ves que hemos sacado a esa niña del convento y nos la llevamos a Madrid.

SIMÓN.- Sí. señor.

D. DIEGO.- Pues bien... Pero te vuelvo a encargar que a nadie lo descubras.

SIMÓN.- Bien está, señor. Jamás he gustado de chismes.

D. DIEGO.- Ya lo sé, por eso quiero fiarme de ti. Yo, la verdad, nunca había visto a tal doña Paquita; pero mediante la amistad con su madre, he tenido frecuentes noticias de ella; he leído muchas de las cartas que escribía; he visto algunas de su tía la monja, con quien ha vivido en Guadalajara; en suma, he tenido cuantos informes pudiera desear acerca de sus inclinaciones y su conducta. Ya he logrado verla; he procurado observarla en estos pocos días, y a decir verdad, cuantos elogios hicieron de ella me parecen escasos.

SIMÓN.- Sí, por cierto... Es muy linda y...

D. DIEGO.- Es muy linda, muy graciosa, muy humilde... Y sobre todo, ¡aquel candor, aquella inocencia! Vamos, es de lo que no se encuentra por ahí... Y talento... Sí señor, mucho talento... Conque, para acabar de informarte, lo que yo he pensado es...

SIMÓN.- No hay que decírmelo.

D. DIEGO.- ¡No? ¡Por qué?

SIMÓN.- Porque ya lo adivino. Y me parece excelente idea.

D. DIEGO .- ¿Qué dices?

SIMÓN.- Excelente.

D. DIEGO .- ; Conque al instante has conocido?...

SIMÓN.- ¿Pues no es claro?... ¡Vaya!... Dígole a usted que me parece muy buena boda. Buena, buena.

D. DIEGO.- Sí, señor... Yo lo he mirado bien, y lo tengo por cosa muy acertada. Seguro que sí.

D. DIEGO.- Pero quiero absolutamente que no se sepa hasta que esté hecho.

SIMÓN.- Y en eso hace usted bien.

D. DIEGO.- Porque no todos ven las cosas de una manera, y no faltaría quien murmurase, y dijese que era una locura, y me...

SIMÓN.- ¿Locura? ¡Buena locura!... ¿Con una chica como ésa, eh?

D. DIEGO.- Pues ya ves tú. Ella es una pobre... Eso sí...

Pero yo no he buscado dinero, que dineros tengo; he buscado modestia, recogimiento, virtud.

SIMÓN.- Eso es lo principal... Y, sobre todo, lo que usted tiene ¿para quién ha de ser?

D. DIEGO.- Dices bien... ¿Y sabes tú lo que es una mujer aprovechada, hacendosa, que sepa cuidar de la casa, economizar, estar en todo?... Siempre lidiando con amas, que si una es mala, otra es peor, regalonas, entremetidas, habladoras, llenas de histérico, viejas, feas como demonios... No señor, vida nueva. Tendré quien me asista con amor y fidelidad, y viviremos como unos santos... Y deja que hablen y murmuren y...

SIMÓN.- Pero siendo a gusto de entrambos, ¿qué pueden decir?

D. DIEGO.- No, yo ya sé lo que dirán; pero... Dirán que la boda es desigual, que no hay proporción en la edad, que...

SIMÓN.- Vamos, que no me parece tan notable la diferencia. Siete u ocho años a lo más...

D. DIEGO.- ¡Qué, hombre! ¿Qué hablas de siete u ocho años? Si ella ha cumplido dieciséis años pocos meses ha.

SIMÓN.- Y bien, ¿qué?

D. DIEGO.- Y yo, aunque gracias a Dios esto y robusto y... Con todo eso, mis cincuenta y nueve años no hay quien me los quite.

SIMÓN.- Pero si yo no hablo de eso.

D. DIEGO.- Pues ¿de qué hablas?

SIMÓN.- Decía que... Vamos, o usted no acaba de explicarse, o yo lo entiendo al revés... En suma, esta Doña Paquita, ¿con quién se casa?

D. DIEGO.- ¿Ahora estamos ahí? Conmigo.

SIMÓN.- ¿Con usted?

D. DIEGO.- Conmigo.

SIMÓN.- ¡Medrados quedamos!

D. DIEGO.- ¿Qué dices?... Vamos, ¿qué?...

SIMÓN.-;Y pensaba yo haber adivinado!

D. DIEGO.- Pues ¿qué creías? ¿Para quién juzgaste que la destinaba yo?

SIMÓN.- Para D. Carlos, su sobrino de usted, mozo de talento, instruido, excelente soldado, amabilísimo por todas sus circunstancias... Para ese juzqué que se quardaba la tal niña.

D. DIEGO.- Pues no, señor.

SIMÓN.- Pues bien está.

D. DIEGO.- ¡Mire usted qué idea! ¡Con el otro la había de ir a casar!... No señor; que estudie sus matemáticas.



Responde en tu cuaderno.

- ¿Para qué sacaron a la niña del convento?
- ¿Por qué quiere don Diego mantener el secreto?
- Según don Diego, ¿cuáles son las obligaciones de la mujer en el hogar?
- Don Diego piensa que una esposa será quien lo asista con amor y fidelidad. ¿Qué opinas al respecto?
- ¿Cuál es tu opinión respecto de la diferencia de edad en el matrimonio? Explica.
- ¿Cuál crees que debería ser la máxima diferencia? Explica tus razones.